



Sobre la Muerte

¡Que la muerte sea el gran canto a la vida!

En una ocasión caminaba por una ciudad gris en Africa, da igual el nombre de la misma, compartía la miseria y la pobreza con el gris de las lluvias y de las latas con que muchos, muchos habían construido sus casas. Es una de esas ciudades donde sólo uno de cada no sé cuantos niños (prefiero no recordar las estadísticas) lograban llegar a adultos. Es una de esas ciudades que tienen la virtud de recordarnos el gran lujo que significa tener un grifo en casa por el que sale el agua.

Escrito por
Daniel Rubio Guerrero
Coordinador de Arquitectura
Sagrada

Estaba en pleno continente africano y toda esta suma de grises alertados por la tristeza de mi corazón tras ver tanta penuria sólo se veía interrumpido por el canto de los niños que siempre bailan, por los colores de las ropas, de los mercados y de la selva; incluso en los lugares más duros la vida y el corazón de no pocas personas brilla y brilla y pugna afortunadamente por brillar.

Muy especialmente este peso que me acompañaba a lo largo de estos días se vio interrumpido en uno de los momentos de mayor presión interior por un entierro.

Era un día especialmente lluvioso, con una lluvia ya cansada de tanto volcarse sobre todo, ya casi presto a partir, y digo de verdad que deseando de salir de un lugar para mí tan duro a pesar de tanta y

tanta belleza que escondía en su interior. Volví en un vehículo al hotel en el que me alojaba, y me encontré una comitiva de personas, hombres y mujeres que parecían sacados de otra escena. Todos llevaban sus mejores trajes, las ropas más limpias, los mejores peinados. Rompía tanto la escena con lo cotidiano y era tanta la gente que paseaba de esta manera que rápidamente pensé que debía de tratarse de una boda o de un gran acontecimiento social; pero cuál fue mi sorpresa cuando delante de la comitiva se acompañaba un ataúd, y aunque serios los de delante, probablemente familiares del que había partido, la columna tranquila y calma de personas acompañaban al difunto con sus mejores galas. Y puedo decir las mejores galas en uno de los lugares probablemente más pobres de nuestro planeta.

Es un país con una guerra larvada con controles militares cada 30 km donde los jóvenes somnolientos y con los ojos amarilleados por el al-

cohol, cuando no por la fiebre nos dejaban continuar a cambio de un salvoconducto que no sabían leer y de una bolsa de lentejas, o de cualquier cosa que le pudiéramos regalar. Es uno de esos lugares donde los niños enferman, donde la gente desaparece a veces en el combate, a veces en la guerra de todos los días, uno de esos lugares donde no sólo el sida, sino muchas enfermedades carenciales hacen estragos; un lugar donde a los prisioneros se les ponía desnudos atados con una cadena al lado de un árbol sin saber muy bien la suerte que podía aguardarle, aunque dadas las condiciones del apresamiento pocas esperanzas albergaba nadie sobre ellos. Es uno de esos lugares, de esos tantos lugares donde la vida y la muerte se confunden en lo cotidiano. Donde la muerte viene a liberarlo a uno no se sabe de que destino.

Y al difunto se le acompaña y se le despide con las mejores galas, casi como si se tratara de una fiesta. Y





quizás de eso se tratara. Se trataba de una sociedad que realmente tenía en cuenta la muerte, no sólo porque el destino se encargaba de recordar permanentemente su cotidianidad en sus múltiples formas sino porque en la cultura que encuadra estas personas la muerte forma parte de la vida.

Ya había leído en ocasiones anteriores como en otras culturas está totalmente incorporada la idea festiva de la muerte en la propia tradición, la idea del crecimiento, de la liberación, no vamos a entrar ahora en ello porque libros y textos abundan sobre el tema. Fue necesario para mí el revulsivo de tanto dolor que acompañaron mis ojos durante unos días para que esta escena cobrara su significación particular. Para tomar conciencia de como hay tantos y tantos lugares donde a la muerte se la tiene presente, no por lo que yo podía ver desde fuera como algo doloroso y terrible en lo cotidiano (pues muchos de sus habitantes no compartirían su

visión conmigo), sino algo incorporado, simple, incluso festivo que formaba parte totalmente de la vida.

Probablemente en nuestra cultura occidental es en la única donde este significativo "muerte" aparece en el discurso social borrado, eliminado, maquillado, hasta que en el uno por uno esta muerte tan denotada, tan olvidada va haciendo poco a poco su aparición y marcando su incansable presencia, de un modo a veces sutil, a veces escondido, a veces brutal, pero siempre certero e inevitable para cada uno de nosotros.

En una sociedad mitómana de la juventud y en la que sólo parece pudieran tener cabidas los cuerpos y caras bonitas de las personas jóvenes, donde la vida parece confundida con las sonrisas de cartón que oferta nuestra televisión, con ese éxito plagado de objetos no siempre tan útiles... En una sociedad donde se investigan los nuevos materiales, se crean máquinas maravillosas que sirven para ir a la luna, o para prolongar la vida, para hacer teóricamente nuestra vida más sencilla ... ¿Cómo es que no nos podemos preguntar de un modo sencillo, de un modo abierto por este acontecimiento que a todos nos espera en cualquier momento?

La muerte anda ahí esperándonos desde el momento en que el destino nos ha tenido a bien el incorporarnos a este mundo, a este planeta. Da igual que seamos inteligentes, profundos, altos o bajos, gruesos o delgados, grandes pensadores, que seamos ricos, que seamos pobres, que llevemos maravillosos trajes o vestidos, que el destino nos halla llevado a una hermosa capital europea, a un país económicamente boyante, a un rincón oscuro y apartado del globo. Da igual que seamos famosos, emprendedores, o timoratos. Todos los hombres y todas las mujeres que han nacido tienen que morir.

Y sin embargo esta idea que puede parecer una perogrullada, este hecho tan evidente para todos, ¿Cuándo realmente somos capaces de pensarlo?, ¿Cuándo podemos dedicar un mínimo tiempo de nuestra vida para pensar en él y en lo que significa?, ¿A qué se debe que la sociedad en que vivimos maquille y silencie permanentemente todo lo que tiene que ver con la muerte?

¿Es necesario pensar en la muerte sólo cuando nos encontramos el destino que nos la pone delante de un modo irrefutable? Quizás se trate de

un cáncer, o ha sido un desafortunado accidente el que de golpe llama a nuestra puerta o a la de nuestros conocidos. O quién sabe que infección misteriosa ha alcanzado a tal persona. Puede ser la muerte de un anciano, de una mujer joven, de un niño o de un bebé. Sólo cuando esta irrumpe y aparece nos encontramos de lleno sumidos en el dolor, y en el duelo, en la separación. Esto que siempre se había querido evitar, innombrable, que nos llena de miedo, cuando no de estupor.

Normalmente cuando esto nos sucede, no podemos pensar mucho la muerte, sino que más bien ya la sufrimos. Y normalmente la intentamos olvidar cuanto antes, con la excepción probable de los más allegados al que parte, que no lo olvidan tan fácilmente; aunque si se intenta dejar de lado el hecho de la muerte y la parafernalia que en esta sociedad, (perfecto reflejo de nuestro interior) la acompaña.

¡Qué paradoja! la televisión cantando estadísticas fúnebres a diario tras los terremotos, accidentes, guerras y catástrofes de todo tipo, epidemias que asolan a nuestro mundo, mientras nos sentimos seguros al otro lado de la pantalla, incluso los más sensibles pueden dejar de comer, o se sienten real y profundamente dolidos por las escenas que se nos hace llegar de esas mujeres y hombres que como nosotros tienen una familia, tienen amigos, viven y mueren allí a miles de kilómetros de distancia, o a lo mejor no tanto, aquí a la vuelta de la esquina (Véase Yugoslavia, o Argelia, o...) Que paradoja la de aquellos que viven permanentemente con la muerte (no necesariamente en las peores condiciones) y tratan permanentemente de evitarla.

Esta sociedad que nos ha tocado vivir y que es el fiel reflejo de lo que colectivamente hemos sido capaces de crear silencia la muerte porque no es acorde con lo que se cree que tiene que ser la vida, no es acorde con lo que se considera los grandes avances científicos y de la medicina, no es acorde con la alegría y el bienestar que se supone que nos deben acompañar a todos. No es acorde con lo que "sabios" o "sabedores" han determinado en la negación de que pueda existir nada más allá de este umbral, no es acorde con lo que "religiosos" nos han transmitido durante tanto tiempo de terribles condenas y penas. Son demasiados pesos que a lo largo del tiempo aquejan nuestro co-

razón y nos aprisionan en lo más interior de nuestras células.

El Síntoma social que en mi opinión es el máximo exponente de este hecho lo encontramos cuando a cualquiera de nosotros se nos detecta médicamente una enfermedad irreversible, un cáncer, algo que determina de un modo muy probable o definitivo nuestra partida. A partir de ese momento se impone el silencio.

El médico en su responsabilidad y buena intención comenta el caso con algunos familiares pero casi nunca se le dice nada al enfermo, no sea que se vaya a deprimir, o pasen cosas peores.

Los familiares que a partir de ese momento comienzan a elaborar un duelo interior con el que va a partir, pero no pueden comentarlo en aras de no se sabe qué pudor; lloran su desconsuelo en silencio y ocultos sin poder enseñarlo ni comentarlo no sea que se vaya a enterar, y aconsejados por los médicos procuran no sacar nada de este tema para que el enfermo no tenga que pensar en ello.

El sujeto que siente que pasan cosas raras (muchas veces los que parten, presienten que van a morir, que les ha llegado su hora), se ve negado de su posibilidad de resolver, elaborar y despedirse de los suyos.

A partir de este momento la mentira y el teatro se imponen, y se imponen de un modo alejado de la vida aunque esté preñado de buenas intenciones por parte de todos. No hay acusación alguna en lo que digo, todos intentan siempre lo mejor, ¿Pero es esto lo mejor?

El siguiente síntoma aparece una vez que existe ya el fallecimiento. A partir de ese momento se instala toda una parafernalia que quiero llamar oscura, de sentimientos oscuros, de colores oscuros, a veces de ritos oscuros, aunque estén plagados de buenas intenciones. Lo peor ha sucedido y a partir de este momento el dolor, el llanto, el exceso incluso se impone. No digo que no exista un funeral, no digo que no exista una despedida y un duelo, ¿Cómo podríamos negarlo?, ¿Pero porqué lo hemos aprendido solamente en la tristeza, cuando no en el morbo y en lo peor como si el peor de los destinos hubiese golpeado nuestra puerta?

Aquí es donde claramente aparece el síntoma del miedo a la muerte. Un miedo sólo explicable e

impuesto en mi opinión por todos aquellos que durante tanto y tanto tiempo afirman desde el pensamiento, desde su razonamiento, desde sus elaboraciones y elucubraciones mentales que no existe nada más allá. Qué es el final, que se trata de lo peor. Estos científicos, pensadores, sabios y filósofos que miran desde sus tarimas sociales a los pobres que persiguen vanas esperanzas y que afirman que no todo termina con la muerte.

Y yo me quiero preguntar desde aquí, ¿No nos estarán imponiendo otros sus propios miedos?, ¿No estamos siendo llevados a concepciones que no se corresponden con las vivencias que las realidades de los moribundos o de las personas que se encuentran en fase terminal nos están aportando?, Realmente, ¿porqué no?, ¿porqué vamos a admitir sin más que no hay nada más allá de la muerte?. Es cierto que no podemos demostrarlo, pero también es cierto que es anticientífico (En el más bello de los sentidos que la palabra científico para mí tiene, el de la curiosidad, el de intentar explicar, el de intentar comprender y avanzar sobre lo que no sabemos) rechazar los miles y miles de testimonios que se están recogiendo, cada vez más en torno a las experiencias que se han dado en llamar el umbral de la muerte.

¿Porqué no?, ¿Porqué no cambiar nuestra percepción del tema?, ¿Porqué no abrir en nuestro corazón una rendija de luz que permita que aflore este saber que sólo los que parten poseen? ¿o quizás no lo posean solamente los que parten?

No trato de recurrir a cuestiones esotéricas, ni a falsas ilusiones, no trato de introducir como se arguye a veces vanas esperanzas en el dolor de muchos que han visto partir a algunos de los suyos a veces en condiciones de lo más doloroso. No trato de demostrar lo que yo mismo no conozco; simplemente trato de mostrar que el corazón nos enseña cosas a veces que la mente no puede ver.

Siempre he tenido una gran confianza en la vida, no sé porqué, nací con ella, y creo profundamente en ella, absolutamente en todas las facetas de la vida y por ello incluso en las más lamentables y peores condiciones que pudiéramos imaginar como era el caso de este lugar que mencionaba al co-



mienzo del escrito sé que hay algo profundo detrás, pero es un saber del corazón, indemostrable, ni siquiera sé lo que puede ser, pero entiendo que es incommensurable. No reniego del saber, ni del pensamiento, ni de la filosofía, ni de la ciencia. Hacen tantas bellas partes de la vida a su vez, pero entiendo que no pueden zanjar como alucinaciones lo que tantos muestran cada vez más desde distintas experiencias a veces en el umbral de la muerte, a veces en las operaciones en los hospitales, a veces en experiencias simplemente a través de una relajación profunda. Y si lo hacen, si lo zanján eso sigue sin corresponderse con mis sentimientos, con mis percepciones y con lo que tantos y tantos me enseñan en la vida diaria.

Al fin y al cabo, ¿No da la muerte un profundo sentido a la vida?, ¿no es posible sonreír a la muerte como algo que viene a marcar un límite, como algo que nos viene a enseñar algo?, incluso cuando las condiciones son de lo más duro, como ocurre cuando perdemos un hijo, o cuando alguien desaparece de repente, sin haber tenido el menor tiempo tan siquiera de despedirnos. ¿No pone la muerte un coto a tantas barreras mentales con las que vivimos permanentemente en relación a nuestro trabajo, a nuestra vida, a nuestras dificultades cotidianas? ...

Estoy convencido de que si fué-



semos capaces de pensar un poco más en la muerte, no necesariamente de los demás, sino incorporarla como un proceso de crecimiento en la vida de uno mismo, nuestra vida no estaría tan limitada con tantas barreras de defensa como nos hemos creado a lo largo de la misma.

Cada vez más en la consulta de psicoterapia a la que me dedico y aprendo con los pacientes que acuden a ella se comparten más experiencias de serenidad en torno a la muerte. Cuantas personas me han hablado de lo que han podido aprender con la partida de sus seres queridos cuando estos han podido partir con ciertas condiciones. Condiciones simplemente que nos da el sentido común. (Es tan sanamente terapéutico el sentido común). También se comparten experiencias realmente interesantes en las que no vamos a entrar ahora que podríamos encuadrar en un conocimiento mucho más intuitivo que el que nos es permitido conocer a través de la razón.

No son experiencias que me correspondan necesariamente. Si seguimos la obra de Elisabeth Kübler-Ross (médico con 28 títulos honoris causa en su haber y que durante más de dos décadas ha estado acompañando en el momento de la muerte a miles de personas en todo el mundo) comprenderemos la belleza y el aprendizaje, la oportunidad que puede suponer el

acompañamiento correcto de alguien a quién queremos y va a partir.

Poder habitar un espacio cotidiano cuando se va a partir, cotidiano para el que se va, frente a esos hospitales tan desvitalizados, incluso para muchos de los propios médicos y enfermeras que los habitan.

Tener el derecho de conocer la propia realidad que a uno le acontece. ¿Quién se puede arrogar el derecho incluso con las mejores intenciones de negarle a uno la información sobre su propia salud, sobre su propia partida?, por muy doloroso que sea esta experiencia (y seguro que lo será, pues está por construir por parte de todos nosotros esta nueva significación de la muerte), este conocimiento va a permitir ordenar lo que uno tiene que ordenar para partir, no sólo en los términos más burocráticos, los papeles (que en una sociedad como la nuestra puede ser necesario), sino en el terreno más profundo del corazón, tanto para con los demás, como para con uno mismo.

Confrontar el dolor y el duelo por la pérdida, compartir el sufrimiento, los temores, todo ello puede ayudar enormemente en este proceso. Incluso si seguimos a los expertos lo podemos hacer con aquellos casos en coma, que aparentemente no nos oyen y que sin embargo están tan necesitados de nuestros cuidados afectivos.

Es una oportunidad para poder enfrentar de un modo especial eso que durante la vida se nos ha repetido tanto. Se nos ha repetido tanto y tantas veces, en tantos momentos distintos, que en nuestro fuero interno, ya no podemos seguirnos creyendo que es culpa de los otros. Quizás sea el momento de poder desembarazarse de algunos pesos extra, que ya no van a tener sentido.

Es el momento de poder resolver esos conflictos que hemos podido sostener con otros, es también el momento de poder despedirnos, de preparar nuestra partida. Es el momento sobre todo de hablar, de poder elaborar nuestros miedos, miedo a lo que nos vamos a encontrar, miedo a no saber qué pasará, miedos a tantas creencias que nos han inculcado desde niños.

“Lo que te ha dañado y no destruido, no son verdaderamente ni los seres con quienes te has encon-

trado, ni los acontecimientos sino, en verdad tus relaciones con ellos, tus manera de entenderlos, de recibirlos y de confrontarte con ellos. La libertad de la que todos dudamos en ocasiones es más el resultado de las limitaciones que nos imponemos que de cualquier otra contingencia...

... Nos prohibimos una multitud de cosas precisamente porque nos despojamos del concepto de que su realización es posible... Todos estamos un poco enfermos de nuestras imposibilidades...”

Realmente tener consciencia y presencia de la muerte va a darnos en mi opinión un sentido profundo y nuevo de la vida. Cuántas personas me he encontrado en la consulta que se han dedicado a vivir consciente o inconscientemente la vida que su padre, o su abuelo, o..., cualquier otro había marcado para él. Cuántas frustraciones por no haberse atrevido a hacer lo que uno quería hacer, por lanzarse a aquello para lo que uno sentía una profunda vocación pero el pragmatismo del discurso familiar, o social negaban. Cuántos y cuántos peros que han estado cargados de miedo y de más miedo. Cuántas veces llegados a este umbral uno se da cuenta de que ha vivido la vida de otros, de que no ha realizado lo que en su interior profundo deseaba hacer...

Tomar consciencia de la muerte, es en mi opinión tomar consciencia de la vida, y arriesgarse, arriesgar incluso el error. Estoy convencido de que cada vez que nos equivocamos en una apuesta profunda del corazón es porque nos encontramos ante algo que hemos de aprender y eso nos permite avanzar, vivir y seguir creciendo; el verdadero error es permanecer impasible en la vida que otros han diseñado para nosotros (incluso cuando lo hayan hecho inconscientemente y con mucho amor), en las limitaciones que nosotros mismos hemos creado para esquivar nuestros propios miedos.

Tomar consciencia de la muerte, nos permite en definitiva ser mucho más conscientes de nuestra posición en la vida cotidiana. No deberíamos esperar a confrontarnos con ella como algo inevitable y a sufrir, sino más bien podríamos utilizarla en una confrontación permanente a través del pensamiento, de la meditación, de

la propia presencia en lo cotidiano; y sería un gran regalo para comprender todo lo que nos hace sufrir, lo que nos limita, nos permitiría entrar probablemente en una relación más fresca con los otros y con nosotros mismos, y nos permitiría sobre todo vivir, vivir nuestra propia vida. Nos permitirá que el día que partamos podamos mirar con alegría hacia atrás y sentir que hicimos lo que pensamos, lo que creímos que teníamos que hacer. Nos permitirá acompañar a todos los que parten de otra manera, de una manera mucho más consciente y por tanto más bella.

Por ello la palabra, la distensión, la relajación ante el hecho de que moriremos algún día, la aceptación de lo que encontramos, aunque pueda parecernos dolorosa al principio (la experiencia nos señala como son muchísimos los casos que entran en una aceptación del hecho de que van a morir y esto permite una posición nueva y totalmente distinta no sólo para ellos, sino para todos los que le rodean) son como una gran puerta que se abre, y probablemente podríamos eliminar el como son; son una gran puerta que se abre y que se abre para lo mejor.

Les invito a leer los libros de Kübler Ross y de Daniel y Ana Meurois Givaudan. Todo mi reconocimiento a su coraje, a la belleza de sus experiencias y de su texto, mi agradecimiento por las aperturas tan bellas que su compromiso con la vida permiten en tantos y tantos corazones.

Especialmente los dos textos señalados marcan experiencias que solo los más acérrimos experimentalistas a la antigua usanza de la física de Newton continuarán negándose a aceptar. No digo que nos tengamos que creer absolutamente nada, sino simplemente que tratemos de abrirnos y de preguntarnos de otra ma-

nera. Todos tenemos la oportunidad en esta época de sentir, de abrir nuestros corazones y percibir la belleza que se esconde detrás del proceso de la muerte, una belleza que poco tiene que ver con todas las estructuras que hemos creado en torno a ella.

En ellos vamos a encontrar una descripción que se ha seguido en múltiples casos (más de 20.000), con citas y fundamentaciones personales (obra de Monroe, o de Moody...) sobre el proceso que sigue a la muerte. Bien detallados y fundamentados los aspectos de las experiencias extracorpóreas, el acompañamiento de los que vienen a buscarnos (nunca morimos solos), la despedida y el camino hacia la luz, las etapas de transición, y la revisión de nuestras vidas.

No vamos a entrar en todo ello ahora, es algo realmente hermoso que merece la pena tomar letra a letra en los que se han preocupado de investigarlos. Pero sobre todo lo que vamos a encontrar es mucho amor, no quiero emplear esta palabra de un modo banal o desnaturalizado, son páginas que respiran un amor profundo y universal que está ahí para que todos lo tomemos, lo disfrutemos y es este amor el que abre la puerta incommensurable de una nueva concepción de la muerte para nada teórica, sino tan real como que ahora estoy escribiendo estas letras y usted las está leyendo.

He encontrado además en la Enseñanza del Tarot Iniciático de los Maestros, muy recomendable para los que trabajan con el mundo de los símbolos, las más bellas notas

Tomar
con-
ciencia
de la muerte,
nos permite en
definitiva ser
mucho más
conscientes de
nuestra posi-
ción en la vida
cotidiana.

de alegría en torno a la carta número XIII que representa no ya la muerte, sino que se denomina "El Pasaje". Todos los que investigan de un nuevo modo la muerte, coinciden en algo fundamental: Además del dolor, de la pérdida de los seres queridos, tenemos el amor, la alegría y la gran esperanza.

Existe una realidad más allá del umbral de la muerte, una realidad marcada por la paz, por la belleza y por el crecimiento; y probable-

mente marcada por lo que nos llevamos de aquí, no las maletas llenas de objetos, de cuentas, de deudas, de saldos... no, sino esas maletas un poco más invisibles, pero no menos reales, que todos llevamos en nuestro corazón llenos de alegrías y de penas, de momentos brillantes y de sinrazones, de pesos que nos marcan, de pasiones y de amor de encuentros y de desencuentros, de los esfuerzos sostenidos, y de lo que hemos confrontado y compartido. Por ello creo que es muy interesante tomar consciencia de este hecho y dejar que la muerte se convierta en el verdadero umbral de nuestra vida; no esperando en un más allá lejano o que habrá de llegar (irremisiblemente para todos), sino en un umbral que nos permita día a día vivir y confrontar la vida con toda la hermosura y la belleza que nos trae, con toda la alegría que seamos capaces de sostener incluso en la adversidad. Es algo a conquistar que implica superar viejas barreras, viejos hábitos, pero es el momento. ✨

BIBLIOGRAFIA.

KÜBLER-ROSS E., "La Muerte: Un Amnecer", ed., Luciérnaga, Barcelona, 1989. En mi opinión, el más entrañable de todos los libros publicados por la autora.

KÜBLER-ROSS E., "Vivir hasta despedirnos", ed., Luciérnaga, Barcelona, 1991

KÜBLER-ROSS E., "Los Niños y la Muerte", ed., Luciérnaga, Barcelona, 1996

Otros libros de la autora en la ed., Luciérnaga son "Carta para un niño con cáncer", "Recuerda el Secreto", "Morir es de vital importancia".

MEUROIS-GIVAUDAN A., "Crónica de Un Acompañamiento", ed., Luciérnaga, Barcelona, 1994. En este libro se relata el acompañamiento a una persona que muere de cáncer, no solamente del lado físico, sino también de lado sutil. Como novela es entrañable, pero sobre

todo una lección de amor.

MEUROIS-GIVAUDAN A., "Los Nueve Peldaños", ed., Luciérnaga, Barcelona, 1994. Al contrario que en el anterior, este libro relata el acompañamiento a un alma que va a nacer, desde el mundo sutil, como encarna en su cuerpo físico. Realmente bello. Existen otras bellas obras de estos autores que no tratan el tema de la muerte directamente, pero que encie-

rran enseñanzas de un modo indirecto muy interesantes. Especialmente las últimas "Visiones Esenias" y "El Que Viene".

MONROE, R., A., "El Viaje Definitivo", ed., Luciérnaga, Barcelona.

"El Tarot Iniciático de los Maestros", (Enseñanza oral, contactos en Canarias, Cornelia '92205829', y en Madrid, Vicente 15766377).